RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

UNWIN, Tim. (1995) **El lugar de la Geografía**, Ed. Cátedra, Serie Geografía Menor, Madrid, 342 pp. (edición inglesa, «The Place of Geography», Longman Group, U.K., 1992).

Recientemente editada en castellano, la obra del geógrafo británico Tim Unwin se presenta como un brillante manual de teoría de la geografía. Es una reflexión serena, objetiva y bien estructurada de la evolución de la ciencia geográfica desde sus orígenes a la actualidad, donde no faltan opiniones personales y toma de postura ante la disciplina, aspecto este último muy de agradecer y que suele ser olvidado en otras obras de este género editadas en nuestro país donde el autor o autores se limitan a ser meros transmisores, sin mayor compromiso, de las ideas que otros han pensado.

El autor presenta su ensayo con gran dosis de modestia: el libro, nos dice Unwin, «va dirigido primordialmente a estudiantes no licenciados», empero, la calidad y claridad expositiva del trabajo lo hacen digno de todo público amante de la disciplina geográfica, inquieto por conocer el por qué y el cómo de su tarea. Es un libro de lectura muy idóneo para las asignaturas de teoría y métodos geográficos incluidas en los nuevos planes de estudio, y asimismo conveniente para aclarar ideas a numerosos docentes universitarios que, particularmente reacios a preparar un proyecto para incorporarse al estamento funcionarial, no han tenido reparo en reproducir este requisito legal de otros compañeros, con el grave perjuicio que eso conlleva para su futuro docente e investigador al renunciar a conocer, de primera mano, las bases de la ciencia que creen enseñar o practicar.

El libro se organiza en ocho capítulos. El primero de ellos es una sabrosa introducción, repleta de opiniones personales, sobre el lugar que ocupa hoy la geografía en la estructura académica y en la propia sociedad. El autor incluye ejemplos del estado actual de la docencia geográfica en los sistemas educativos de Estados Unidos, Inglaterra y Gales, muestra significativa de la dispar actitud de las autoridades académicas ante la enseñanza geográfica. Con gran espíritu de autocrítica, Unwin se pregunta si no será la propia conducta del docente geógrafo la causa del descrédito social y de la mengua de consideración que, en los últimos lustros, ha padecido la disciplina en los sistemas educativos de muchos países. Muy acertadamente, el autor insiste en la necesidad de impartir asignaturas de metodología —«cursos que invitan a cuestionarse la validez de los conocimientos»— en los planes docentes de geografía, pese a su impopularidad entre los estudiantes.

El capítulo II afronta una cuestión amplimente debatida por los teóricos de la geografía: el carácter científico de la disciplina. Unwin presenta diferentes definiciones y reflexiones del vocablo ciencia y del papel de la ciencia en la sociedad. Tras analizar la ideas de Kuhn

y Foucault, Unwin apuesta por la propuesta de la «teoría crítica» de Habermas según la cual «el cometido del científico crítico consiste en revelar la deformación sistemática de la comunicación y ofrecer así a la sociedad los medios necesarios para resolver las crisis con la consiguiente emancipación de la población». Esta idea va a marcar la línea argumental de los siguientes capítulos del libro. Esta discusión sobre el carácter científico de la geografía es, en mi opinión, un debate estéril, muestra de incomprensibles complejos de inferiodidad que han atormentado, a lo largo de la historia de la disciplina, a algunos colegas con ideas poco claras de lo que debe ser su labor. La geografía es algo más que una ciencia; es un modo de entender la realidad, una manera de explicar cómo se relaciona el hombre con su medio natural y cómo se presentan estas relaciones en la superficie terrestre. Para ello sirven paradigmas, métodos y técnicas distintas, pero el objetivo siempre es el mismo. Esto, a mi entender, otorga a la disciplina geográfica una categoría superior dentro de la estructura del conocimiento humano.

Los capítulos III a VII contienen lo esencial del trabajo. En ellos se efectúa un recorrido por la historia de la disciplina, con una división cronológica bien trenzada desde la antigüedad griega hasta la actualidad, donde se muestra la sucesión de interpretaciones y «maneras de hacer» (paradigmas) que ha conocido la geografía en un largo camino de maduración. De su contenido cabe destacar la importancia concedida a Kant como autor que contribuye decisivamente a sentar las bases del pensamiento geográfico (cap. IV), y la influencia de Darwin para la aparición y consolidación de las ramas física y humana de la disciplina. Amplia extensión merece la explicación de las corrientes post-cuantitativas (caps. V y VI): behaviorismo, humanismo, historicismo y corrientes radicales, vinculadas a la aparición de diversas corrientes de pensamiento surgidas en un mundo occidental en rápida transformación desde la década de los sesenta (existencialismo, idealismo, estructuralismo...). El autor muestra su preocupación por el estado actual y el futuro de la ciencia geográfica en el apartado final del capítulo VII donde, siguiendo los pasos de la citada teoría crítica de Habermas apuesta, decididamente, por una «geografía crítica». Esta manera de hacer se puede manifestar a través de cuatro actitudes ante la disciplina: relación dialéctica entre teoría y práctica para mejorar constantemente la disciplina geográfica; revisión exhaustiva de los enfoques recientemente adoptados en la geografía; redescubrimiento del lenguaje geográfico, necesidad de emanciapción a través de la autorreflexión.

Culmina la obra el capítulo VIII cuyo título da nombre al libro («El lugar de la geografía») y donde el autor, recogiendo los contenidos del primer capítulo, realiza una reflexión sobre el papel de la geografía y del geógrafo en el mundo actual. Unwin apuesta por una fusión de las dos ramas cuya evolución dialectica ha marcado el tránsito de la disciplina desde la mitad del s. XIX, es decir, la geografía física y la geografía humana. Esta fusión se debe realizar, según el autor, bien en el seno de una «ciencia general de la Tierra» o de una «ciencia social general». Como temas de futuro para la geografía se señalan las cuestiones del deterioro ambiental, la lucha contra la contaminación, la conservación del medio ambiente, el cambio climático y la gestión de los recursos. Para todos ellos, es necesario un conocimiento global de los procesos físicos y de las prácticas sociales. Recordemos que la idea de fusión de las distintas ramas del quehacer geográfico ha sido un tema controvertido expuesto por varias voces críticas de la geografía española desde la consolidación de las áreas de conocimiento en el mundo universitario con la promulgación de la Ley de Reforma Universitaria (1983). Para culminar con éxito esta fusión, Unwin recupera la noción de «lugar» («place») que se convierte en el objeto esencial para comprender «la interacción del mundo humano de la experiencia con el mundo físico de la existencia». La restauración del «lugar» como teatro de operaciones propio de la geografía regional ha sido un objetivo planteado ya a lo largo de los años

ochenta por distintos autores de la reflexión geográfica anglosajona, francesa y española. Por último, Unwin indica que a la pregunta de cúal es el cometido de los geógrafos en el momento actual «debemos ser capaces de decir con confianza —yo añadiría, con pleno convencimiento- que somos geógrafos y que nos ocupamos de algunas de las cuestiones más vitales que se plantean en la sociedad contemporánea».

Toda la exposición de Unwin está salpicada de sabrosas citas originales de autores clave en el pensamiento geográfico e igualmente significativas citas a comienzo de cada capítulo que ayudan a entender su línea argumental. El autor advierte de este hecho en la presentación de su obra («dejaremos que los autores se expresen con sus propias palabras, siempre que sea posible»).

El libro presenta 7 páginas finales de glosario donde se aborda la explicación de 44 términos contenidos a lo largo de la obra. Se trata, sin duda, de un acierto puesto que las constantes referencias a conceptos de corrientes de pensamiento (filosofía) en este tipo de obras suele hacer desabrida su lectura. El trabajo incluye un abundante repertorio bibliográfico (765 obras, entre artículos y libros) en el que se contienen tanto las obras clásicas como los estudios y reflexiones más recientes del pensamiento geográfico.

Acaso cabría hacer algunas indicaciones sobre el contenido del libro, siempre con vistas a la mejora de contenidos en futuras ediciones. Así, en la explicación de la história de la disciplina geográfica sigue presente el brusco corte, generalmente aceptado, de considerar un antes y un después de Humbolt y Ritter en el desarrollo científico de la geografía. En mi opinión, resulta poco apropiada esta división en dos grandes etapas: precientífica y científica; ésta última inaugurada por Humbolt y Ritter con el avance del s. XIX. Es cierto que en la larga etapa anterior —¿precientífica?—, no hay una sistematización precisa, no hay paradigmas, hay carencia de aparataje y de mediciones exactas, pero hay preocupación por entender el mundo conocido y desconocido, hay inquietud por calibrar sus dimensiones, por medir distancias, en definitiva, hay explicación de hechos geográficos. La evolución del pensamiento científico (geográfico, en nuestro caso) es una lucha por mejorar los conocimientos de épocas precedentes, es, en suma, un avance constante de las inquietudes del hombre. En las distintas época históricas, el objetivo final ha sido idéntico: ensanchar el campo del conocimiento humano; lo que ha variado ha sido la posibilidad de disponer de medios técnicos cada vez más precisos lo que ha posibilitado, a su vez, la aparición de nuevos paradigmas. El grado de cientifismo en geografía no debe establecerse en función de mejoras técnicas o de paradigmas, sino de la valoración de la calidad de los trabajos dedicados a explicar lo esencial: las relaciones entre el medio y el hombre.

Por su parte, aunque no faltan referencias en los capítulos VII y VIII, se hecha en falta un capítulo específico dedicado al análisis del estado de la cuestión de la llamada «nueva geografía regional», máxime cuando la geografía del mundo anglosajón ha sido la abanderada de la renovación del concepto de región a lo largo de la década de los ochenta. Por último, se echa de menos un estudio más detallado de las propuestas geográficas efectuadas en países no anglófonos y que asimismo han ocupado «lugar» destadado dentro del pensamiento geográfico.

Hay que señalar, pues, el acierto de la editorial Cátedra, que mantiene así su línea de ofrecernos buenos manuales de geografía. Tal vez señalar el desatino de haber incluido esta obra en la colección «geografía menor» cuando por contenidos, claridad de exposición y documentación manejada va a ocupar, sin duda, merecido lugar entre los manuales de geografía de referencia obligada editados en nuestro país.

Jorge Olcina Cantos